

Aire en movimiento

Respirar. Respirar hasta lo más hondo de los pulmones. Respirar hasta el horizonte. Beber el aire como la vida.

La brisa cargada de yodo y salitre encrespa el pelo. Agrieta los labios. Entre el pecho y el horizonte nada más que el mar y la eternidad. Difícil diferenciar entre agua y cielo. Los vientos nacen entre diferentes masas de aire que se mueven en la atmosfera. Cada cual con su carácter, su forma de ser.

El Sur, cálido y guasón, a veces húmedo otras sediento, es el más difícil de respirar. La bruma sobre el agua se mezcla con la contaminación de la ciudad y adquiere un color amarillento, ocre rojizo y hasta violáceo. Los cuerpos languidecen y una pegajosa pereza se instala como una tela de araña que envuelve todo. Las siluetas, la luz, todo es ambiguo y sujeto a nuestra interpretación. Es incierto si existe una realidad definida. El Sur se acerca despacio, trae bochorno primero y lluvia después.

El Norte, su antagonista, cae siempre de repente, preferiblemente de noche, la mañana amanece diáfana y fría. El cielo limpio centellea azul, la mar explaya toda su belleza. Su resplandor tiene algo de abrupto, casi violento. El Norte acorta todas las distancias, acerca la lejanía, realza los contornos de las playas, de las casas, de los barcos. No hay margen para compromisos. La duda no existe. Todo es auténtico y verdadero. El frío matutino presagia mucho calor por la tarde.

Pero el viento más turbulento, espectacular e imprevisible es la Travesía. Nace de las mismas entrañas del mar. Azota las nubes oscuras y las empuja ferozmente hacia la costa. Los barcos se refugian donde pueden. Las islas tratan de proteger la ría pero la mar riza su superficie, se torna de muchos colores: verde, turquesa, azul, violeta. Las olas llevan coronas de blanca espuma y corren deprisa hacia las calas interiores. A su par avanzan cortinas de agua perfectamente diferenciables que descargan lluvias fuertes sobre la ciudad y sus alrededores. Luego llega la calma. Se abre el cielo, luce el sol, hace un tiempo prometedor. Pero no hay que confiarse, la próxima arremetida se esconde justo detrás de la línea del horizonte.

Y mientras las suaves colinas se agachan bajo las tormentas, y los robles y los eucaliptos se aferran con sus raíces a la tierra rocosa, jinetes gallardos cabalgan las ráfagas de viento a placer. Las gaviotas y golondrinas, agresivas oportunistas las primeras y cazadoras incansables las segundas, surcan con sus alas los aires revueltos en acrobacia vertiginosa. Pero lo que parece un reflejo de libertad es nada más que pura supervivencia.

Dicen que donde sopla el aire con mucha frecuencia las personas tienen ideas extrañas. Dicen que se vuelven locos. Será que el viento desordena sus pensamientos y socava la cordura. En realidad aviva su imaginación.